

PLATÓN

# LA DEFENSA DE SÓCRATES

COMENTARIO FILOSÓFICO Y TRADUCCIÓN ESPAÑOLA  
DE MIGUEL GARCÍA-BARÓ

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME  
SALAMANCA  
2023

Para Mercedes.

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2005  
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España  
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es  
[www.sigueme.es](http://www.sigueme.es)

ISBN: 978-84-301-2153-3  
Depósito legal: S. 29-2023  
Impreso en España / Unión Europea  
Imprenta Kadmos, Salamanca

# CONTENIDO

<i>Presentación</i> .....	9
---------------------------	---

## LA DEFENSA DE SÓCRATES

1. El discurso inicial de Sócrates, antes del interrogatorio de Meleto .....	11
2. El interrogatorio de Meleto .....	61
3. La segunda parte del primer discurso de Sócrates	83
4. El segundo discurso .....	113
5. El tercer discurso .....	119
<i>Epílogo</i> .....	125
<i>Texto griego y traducción al español</i> .....	131

## PRESENTACIÓN

Dejemos que nuestro primer encuentro con Sócrates sea el que nos proporciona la *Apología*, o sea, la *Defensa* escrita por Platón. No permitamos en principio otras mediaciones; suspendamos otros posibles saberes anteriores sobre Sócrates. Intentemos recibir directo y pleno el mensaje complejo de este discurso de defensa que pretende reproducir los puntos esenciales del que realmente pronunció el filósofo ante sus jueces.

Ningún otro lugar literario nos ha preservado con la misma intensidad la figura de Sócrates en el modo en que ha sido decisiva para toda la historia del espíritu. Únicamente podemos poner junto a este texto varios otros de Platón, ninguno de los cuales, sin embargo, ofrece una perspectiva de conjunto que sea comparable. Me refiero, ante todo, a *Critón* e *Hippias menor*; pero también a *Eutifrón*, *Lisis*, *Cármides*, *Laques*, *Protágoras*, *Hippias mayor*, *Eutidemo*, *República I* o *Trasímaco*, *Alcibiades I*, *Ion*; e incluso a partes esenciales de *Gorgias* y *Menón* (y aun soy partidario de la opinión que acepta que hay elementos auténtica, originalmente socráticos también en cuantos diálogos de Platón introducen a Sócrates como personaje suyo).

No significa esto que dé yo la espalda a Jenofonte, a Aristóteles, a Aristófanes, a los oradores, a los reflejos innumerables de Sócrates en la literatura helenística; y tampoco que proponga pasar por alto la montaña de la moderna erudición. Más bien es lo contrario lo que yo mismo hago, y justamente este proceder es el que me ha convencido con mayor eficacia acerca de la necesidad de abogar por la recuperación del método que propongo con este sencillo trabajo, si lo que primordialmente se desea es filosofía socrá-

tica; o sea, si lo que se busca ante todo, cuando alguien quiere conocer quién fue Sócrates, es filosofía.

Por otra parte, hasta tal punto determina la *Apología* en su lector las decisiones filosóficas fundamentales, que no le basta con seguir otra traducción, otra interpretación, que la suya propia\*.

\* Entre las personas que en los últimos tiempos más han contribuido a mi traducción, tengo que mencionar con mucha gratitud a Luis Miguel Orbaneja y a Javier Quirós.

## EL DISCURSO INICIAL DE SÓCRATES, ANTES DEL INTERROGATORIO DE MELETO

*A*tenienses, yo no sé qué os habrá pasado bajo la influencia de mis acusadores. En lo que hace a mí, he estado a punto, por ellos, de olvidarme de mí mismo: tan persuasivamente han hablado. Y, sin embargo, verdades, por decirlo así, no han pronunciado ninguna. Pero sobre todo, de las muchas falsedades que han dicho, una me ha asombrado. Me refiero a cuando afirmaron que os es preciso precaveros bien para no ser engañados por mí, porque soy temible hablando. Y es que no avergonzarse de ir a ser inmediatamente refutados por mí de obra, puesto que de ninguna manera he de mostrarme temible hablando, me pareció que ha sido lo más vergonzoso de cuanto han hecho. A menos que con eso de ser temible hablando se estén refiriendo a decir la verdad; porque si es esto lo que quieren decir, yo sí concedería que soy un orador, y de otro estilo que ellos. Ellos, efectivamente, como os digo, apenas han afirmado nada que sea verdad; sin embargo, de mí oiréis toda la verdad. Y, por Zeus, atenienses, no escucharéis discursos adornados como los de ellos, ni cuidadosamente ordenados en expresiones y palabras, sino lo que diga al azar, con las palabras que me vengan; y es que confío en que es justo lo que digo. Ninguno de vosotros espere de mí otra cosa. Tampoco estaría bien, atenienses, que a esta edad os viniera modelando discursos como un chiquillo. En serio os pido, atenienses, y os invito a que ni os asombréis ni protestéis, si me oís defen-

derme con los mismos discursos con los que suelo hablar en el ágora junto a las mesas, donde muchos de vosotros me habéis escuchado, y en otros lugares. Así son las cosas: hoy subo por primera vez a un tribunal, a mis setenta años. Es, pues, como si fuera extranjero en lo que se refiere a cómo se habla aquí. Concededme entonces, como si en realidad yo fuera un extranjero, que hable en la lengua y el modo en los que me crie. Esto que os pido me parece que es justo: no prestéis atención al modo como me expreso, ya sea peor, ya sea mejor, sino fijaos en esto y parad mientes en ello: en si digo o no lo que es justo. Eso constituye, en efecto, la excelencia del juez; la del orador es decir la verdad.

Pues bien, antes de nada es justo que me defienda, atenienses, de las primeras acusaciones falsas contra mí y de los primeros acusadores, y luego de las últimas y de los últimos. Y es que contra mí han surgido entre vosotros muchos acusadores de antiguo, ya hace muchos años, que no dicen verdad ninguna, y que temo más que a los que vienen con Ánito, aunque también sean éstos temibles. Pero más lo son, atenienses, los que a muchos de vosotros os educaron desde niños y os convencieron, y eran quienes sobre todo me acusaban, sin verdad alguna, diciendo: «Hay un cierto Sócrates que es un sabio. Pien­sa en los fenómenos del cielo e investiga cuanto queda bajo tierra, y hace más fuerte el discurso más débil». Esos que divulgan este rumor, atenienses, son mis acusadores temibles, porque quienes les escuchan piensan que los que investigan esos asuntos no veneran a los dioses. Además, estos acusadores son muchos y llevan ya mucho tiempo acusándome, y, por si fuera poco, os hablan en la edad en que más confiáis, ya que algunos de vosotros los habéis oído de niños, cuando chiquillos, y era como si acusaran a uno que no comparece, sin que nadie haga su defensa. Lo más extraño de todo ello es que no cabe siquiera saber ni decir sus nombres, como no sea el de al-

gún comediógrafo. Cuantos os han persuadido valiéndose de la envidia y la calumnia —ellos mismos estaban persuadidos y persuadían a otros—, están todos en una posición rarísima: no es posible hacer subir aquí a ninguno de ellos; no es posible refutar a ninguno; sino que no cabe otro remedio que quien se defiende luche, en cierto modo, con un estafermo y se dedique a refutar sin que haya nadie que le responda. Considerad también vosotros que, como digo, tengo dobles acusadores: unos que me acusan ahora, y otros, estos de antiguo que os estoy diciendo; y creed que primero he de defenderme de éstos, porque también vosotros los oísteis a ellos acusarme primero, y los habéis escuchado mucho más que a estos recientes.

Veamos, entonces. Tengo que defenderme, atenienses, y debo, en tan poco tiempo, intentar quitar de vosotros la calumnia esta que tenéis en vosotros desde hace mucho. Bien quisiera conseguirlo, si así es mejor para vosotros y para mí, y haré cuanto pueda en mi defensa. Pero pienso que va a ser difícil, y apenas se me oculta cómo están las cosas. Sin embargo, que sea lo que el Dios quiera: tengo que obedecer a la ley y defenderme.

Empecemos señalando cuál es la acusación de la que surgió la calumnia contra mí. Por hacerle caso es por lo que Meleto me ha incoado este proceso. Vamos a ver. ¿Con qué palabras me calumniaban mis calumniadores? Hay que leer su acusación jurada, porque realmente se trata de acusadores: «Sócrates delinque y obra mal investigando lo que hay bajo la tierra y lo que hay en el cielo y haciendo más fuerte el discurso más débil, y enseñando tales cosas a otros». Así dice. Lo habéis visto vosotros mismos en la comedia de Aristófanes: había allí un Sócrates que transportaban de un lado a otro y decía que andaba por los aires y hacía toda clase de necedades respecto de cosas de las que no entiendo ni mucho ni poco. No hablo despectivamente de esa ciencia, si es que hay sabios en tales asuntos, no vaya a ser que Meleto también





## COMENTARIO

1. En las primeras líneas de la defensa o *Apología de Sócrates*, llamamos a un hombre de setenta años que empieza a pronunciar ante un tribunal popular de Atenas el discurso con el que, de acuerdo a la ley vigente, debe defenderse de la acusación que han lanzado contra él tres conciudadanos. Corren los primeros meses de 399 a.C.

No tenemos noticia, por el momento, del contenido de esa acusación. Quienes la han presentado ante las autoridades de Atenas acaban de hablar para fundarla.

Sócrates comienza su discurso con una sumaria referencia a lo que los jueces y la muchedumbre han oído en los minutos inmediatamente anteriores. Los sostenedores de la acusación han hablado tan persuasivamente que casi han hecho olvidarse a Sócrates de quién es él mismo; o sea, casi han convencido a Sócrates de que la persona a la que se estaban refiriendo era culpable. Pero basta con reponerse del efecto poderoso de la persuasión y con recordar que el hombre acusado es precisamente Sócrates, para descubrir que no ha habido nada de verdad en cuanto se ha dicho. Lo falso, ya se ve, puede aparecer persuasivo.

Hay, pues, que refutar el contenido del discurso de los acusadores, teniendo en cuenta lo que la ley exige para una situación como la presente: los oradores deben declarar la verdad, ya sea persuasiva o no persuasivamente; los jueces deben considerar si esa verdad es o no conforme a la ley, a saber, si es o no justa. Estas definiciones del buen orador y del buen juez tienen que recordarse aquí desde el principio. Como por el momento sólo se ha oído falsedad, el trabajo del anciano acusado tiene que ser doble: debe, desde luego, declarar toda la verdad que concierne al problema que se juzga; pero no puede desatender la refutación, seguramente punto por punto, de las falsedades que han sostenido los acusadores.

Por cierto que la comprobación de la verdad o la falsedad de un discurso no tiene siempre que valerse de otro discurso. Cabe también que una obra refute o corrobore lo que se dice. Por ejemplo, si los acusadores han puesto en guardia al tribunal para que no se deje convencer por la habilidad con la que Sócrates sabe persuadir, pueden quedar en seguida refutados de obra, más que de palabra, por el hecho de que se vea a Sócrates declarar la verdad sin maña y

no conseguir convencer a la mayoría de que, en efecto, es verdad lo que él dice, y no lo que los demás han dicho sobre él.

**2.** Ciertamente que Sócrates ha hablado mucho a lo largo de su vida. Nunca, sin embargo, lo ha hecho como en las presentes circunstancias. En setenta años, no ha pleiteado contra nadie ni le ha sido puesto a él pleito alguno. Por consiguiente, Sócrates se ha de permitir no sólo decir la verdad absolutamente (así es obligado hacerlo siempre que se habla), sino decirla a su modo. Quizá este modo particular suyo consista en despreocuparse de las mañas de la persuasión, porque, si él puede juzgar de cómo se suele hablar en los tribunales por cómo se han comportado sus acusadores, ha de sacar la conclusión de que la manera forense de hablar tiene mucho que ver con preocuparse por persuadir y valerse de las artes con las que se obtiene este fin.

Por otra parte, Sócrates ha hablado muchas veces en los lugares más públicos y frecuentados de toda Atenas. Lo que él dice y cómo lo dice son ya elementos de la vida cotidiana de muchos conciudadanos. El cambio de las circunstancias no tiene por qué comportar ningún cambio en el discurso de Sócrates. Mejor dicho: sólo es preciso que suponga una variación quizá minimizable. Y es que (adelantémonos ahora a los acontecimientos), como se verá, Sócrates habla preferentemente dialogando, es decir, intercambiando preguntas precisas y respuestas precisas. Y lo hace con un solo interlocutor casi siempre, aunque los dos dialogantes estén posiblemente rodeados de muchos que les atienden. Además, el diálogo que practica a diario Sócrates, y tantas veces en mitad de la vida pública del Estado, se propone no terminar sino con el acuerdo de los dos participantes. Es indiferente el tiempo que haya que emplear. A lo mejor se impone seguir la reunión al día siguiente, aunque siempre es preferible no desfallecer y buscar en una sola conversación la concordia.

Es evidente que dos de estas condiciones, al menos, del diálogo que bien podemos llamar socrático están irremediablemente comprometidas cuando Sócrates, para obedecer la ley, debe dirigirse simultáneamente no a uno sino a quinientos, y ha de hacerlo sin utilizar la forma de la pregunta precisa y la respuesta breve y precisa. Dispondrá, eso sí, también siempre según la letra de la ley vigente, de un tiempo en el que tendrá que interrogar al acusador que ha

sostenido con un discurso su culpabilidad. Habrá un instante de diálogo, en el sentido corriente del término; aunque tampoco entonces hay garantía de que se cumplirá aquella condición del verdadero diálogo socrático que es finalizar sólo con el acuerdo.

Sea como quiera, al menos lo más esencial está asegurado: decir puramente la verdad. Además, va a ser declarada de forma rotundamente pública, como conviene al que habla según las reglas de Sócrates. Y quizá haya algún medio por el que el acusado pueda trabar algo semejante a un auténtico diálogo con cada uno de sus relativamente silenciosos oyentes (que pueden reaccionar con una amplia gama de gestos y ruidos). No es un disparate completo, sino algo que parece exigir la ley, empezar a hablar ante el tribunal con la meta de concordar uno a uno, uno a quinientos (pero a quinientos individuos dialogantes), sobre la base de la verdad y la justicia, aun cuando Sócrates no pueda llenar de preguntas su discurso.

**3.** Existe, además, para el diálogo socrático, otra condición que le es tan esencial como la misma verdad; y también este ingrediente, que aún no había mencionado, se da en la situación presente. Un diálogo socrático tiene que tener como tema el bien del hombre, uno de cuyos nombres es *lo justo*. ¿De qué se va a hablar en este tribunal de la Heliea sino de lo justo?

Es interesante, sin embargo, que Sócrates haya comprobado de obra, ya tantos años, que de la justicia no se trata del mejor modo posible en los tribunales, a pesar de que parecen especializados en ella; ni siquiera en las asambleas legislativas ni en las que ejercen misiones de gobierno (séanos permitido transferir por un momento a la constitución de Atenas el factor, ajeno en realidad a ella, de la triple división de los poderes del Estado). Con la obra, con los hechos, con la vida, ha comprobado Sócrates por mucho tiempo que del bien del hombre sólo se trata con plenitud de sentido cuando se dialoga dentro del marco de condiciones para el diálogo auténtico que he descrito, y asimismo en la acción, sobre todo en la que se realiza ante el extremo peligro. Como si del bien no fuera lo mejor hablar en un discurso continuo, ni tampoco escribir texto alguno, sino sólo buscar el acuerdo entre dos hombres que precisan cuanto pueden sus preguntas y sus respuestas; o, por cierto, arriesgarlo todo (o hacer lo contrario) en una situación extrema.

TEXTO GRIEGO  
Y TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL

# ΑΠΟΛΟΓΙΑ ΣΩΚΡΑΤΟΥΣ

## 1. *El discurso inicial de Sócrates, antes del interrogatorio de Meleto*

- [17 a] “Οτι μὲν ὑμεῖς, ὦ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, πεπόνθατε ὑπὸ τῶν ἐμῶν κατηγορῶν, οὐκ οἶδα· ἐγὼ δ’ οὖν καὶ αὐτὸς ὑπ’ αὐτῶν ὀλίγου ἐμαυτοῦ ἐπελαθόμεν, οὕτω πιθανῶς ἔλεγον. καίτοι ἀληθὲς γε ὡς ἔπος εἰπεῖν οὐδὲν εἰρήκασιν. μάλιστα δὲ αὐτῶν ἐν ἐθαύμασα τῶν πολλῶν ὧν ἐψεύσαντο, τοῦτο ἐν ᾧ ἔλεγον ὡς χρῆν ὑμᾶς εὐλαβεῖσθαι μὴ ὑπ’ ἐμοῦ ἐξαπατηθῆτε
- [b] ὡς δεινοῦ ὄντος λέγειν. τὸ γὰρ μὴ αἰσχυνθῆναι ὅτι αὐτίκα ὑπ’ ἐμοῦ ἐξελεγχθήσονται ἔργῳ, ἐπειδὴν μηδ’ ὀπωσιοῦν φαίνωμαι δεινὸς λέγειν, τοῦτό μοι ἔδοξεν αὐτῶν ἀναισχυντότατον εἶναι, εἰ μὴ ἄρα δεινὸν καλοῦσιν οὗτοι λέγειν τὸν τάληθῆ λέγοντα· εἰ μὲν γὰρ τοῦτο λέγουσιν, ὁμολογοίην ἂν ἔγωγε οὐ κατὰ τούτους εἶναι ῥήτωρ. οὗτοι μὲν οὖν, ὥσπερ ἐγὼ λέγω, ἢ τι ἢ οὐδὲν ἀληθὲς εἰρήκασιν· ὑμεῖς δέ μου ἀκούσεσθε πᾶσαν τὴν ἀλήθειαν— οὐ μέντοι μὰ Δία, ὦ ἄνδρες
- [c] Ἀθηναῖοι, κεκαλλιπημένους γε λόγους, ὥσπερ οἱ τούτων, ῥήμασί τε καὶ ὀνόμασιν οὐδὲ κεκοσμημένους, ἀλλ’ ἀκούσεσθε εἰκῆ λεγόμενα τοῖς ἐπιτυχοῦσιν ὀνόμασιν—πιστεῖω γὰρ δίκαια εἶναι ἃ λέγω— καὶ μηδεὶς ὑμῶν προσδοκησάτω ἄλλως· οὐδὲ γὰρ ἂν δήπου πρέποι, ὦ ἄνδρες, τῆδε τῆ ἡλικία ὥσπερ μειρακίῳ πλάττοντι λόγους εἰς ὑμᾶς εἰσιέναι. καὶ μέντοι καὶ πάνυ, ὦ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, τοῦτο ὑμῶν δέομαι καὶ παρίεμαι· ἐὰν διὰ τῶν αὐτῶν λόγων ἀκούητέ μου ἀπολογουμένου δι’ ὧνπερ εἴωθα λέγειν καὶ ἐν ἀγορᾷ ἐπὶ τῶν τραπεζῶν, ἵνα ὑμῶν πολλοὶ ἀκηκόασι, καὶ ἄλλοθι, μήτε

# LA DEFENSA DE SÓCRATES

## 1. *El discurso inicial de Sócrates, antes del interrogatorio de Meleto*

Atenienses, yo no sé qué os habrá pasado bajo la influencia de mis [17 a] acusadores. En lo que hace a mí, he estado a punto, por ellos, de olvidarme de mí mismo: tan persuasivamente han hablado. Y, sin embargo, verdades, por decirlo así, no han pronunciado ninguna. Pero sobre todo, de las muchas falsedades que han dicho, una me ha asombrado. Me refiero a cuando afirmaron que os es preciso precaveros bien para no ser engañados por mí, porque soy temible [b] hablando. Y es que no avergonzarse de ir a ser inmediatamente refutados por mí de obra, puesto que de ninguna manera he de mostrarme temible hablando, me pareció que ha sido lo más vergonzoso de cuanto han hecho. A menos que con esto de ser temible hablando se estén refiriendo a decir la verdad; porque si es eso lo que quieren decir, yo sí concedería que soy un orador, y de otro estilo que ellos. Ellos, efectivamente, como os digo, apenas han afirmado nada que sea verdad; sin embargo, de mí oiréis toda la verdad. Y, por Zeus, atenienses, no escucharéis discursos adornados como los de ellos, ni cuidadosamente ordenados en expresiones y [c] palabras, sino lo que diga al azar, con las palabras que me vengan; y es que confío en que es justo lo que digo. Ninguno de vosotros espere de mí otra cosa. Tampoco estaría bien, atenienses, que a esta edad os viniera modelando discursos como un chiquillo. En serio os pido, atenienses, y os invito a que ni os asombréis ni protestéis, si me oís defenderme con los mismos discursos con los que suelo hablar en el ágora junto a las mesas, donde muchos de vo-